
ROMANCE DE LAS MARCHAS.

Miéntras Hidalgo prepara
A Tenochtitlan su asalto,
Y los aprestos guerreros
Desbordan el entusiasmo
En Valladolid florido,
De grandes hechos teatro;
Flon Querétaro abandona,
De ira y de venganza aullando,
Como la leona hambrienta
Que percibe incierta el rastro
De la codiciada presa
Que de su garra ha escapado.
“Cuidad—les dice arrogante
A sus sumisos esclavos,—
“Cuidad, miéntras yo me alejo,
“De ser fieles á vuestro amo;

"Pero ¡guay de vuestras vidas
 "Si no sois fieles, ¡cuidado!
 "Tornaré, por todas partes
 "Muerte y terror os preparo;
 "Serán de sangre torrentes
 "Las calles que estais pisando."
 Y marcha para Dolores
 Do está Calleja al cuidado.
 Apénas los dos caudillos
 Unidos véñse y rodeados
 De los suyos, que verdugos
 Se sienten, sueñan estragos,
 Émulos en la barbarie
 Y compitiendo en lo malo.
 Incendio, robo, matanzas
 Por doquiera propagaron,
 Humillando á las panteras
 Y al chacal avergonzando.
 Quieren borrar la grandeza
 De los recuerdos de Hidalgo,
 Y miéntras más sangre vierten
 Se presentaban más claros,
 Como crestas de arrecifes
 Que están con el mar luchando,
 Y se bruñen y relucen
 Miéntras son más los asaltos
 Y las azotan más olas
 Que vuelan hechas pedazos.

En San Miguel, las venganzas
 Hallan tambien ancho campo,
 Y todo se mira negro,
 Sin más luz que la del rayo.
 Y como chispas fugaces
 Que en la atmósfera vagando
 Tornan hoguera las selvas
 Y hogueras los secos pastos,
 De Hidalgo el vivo prestigio,
 La santa causa de Hidalgo
 Vagabunda corre y brota,
 Y súbita llama alzando,
 Arma heróicos á los pueblos
 Y conturba á los tiranos.
 Así miéntras Flon dejaba
 A Querétaro confiado,
 En Huichapam Miguel Sánchez
 Con Villagran esforzado,
 Y en Querétaro, resuena
 El grito de "¡viva Hidalgo!"
 Hidalgo está en Ixtlahuaca
 Y á México marcha ufano
 Entre falanges inmensas,
 Entre pueblos desarmados
 Que iban en pos de la muerte
 La libertad invocando
 A su encuentro van Calleja
 Y Flon, venciendo el espacio;

Venegas manda á su frente
 Para detener á Hidalgo,
 A un don Torcuato Trujillo,
 Que es mueble de su palacio,
 Cortesano escurridizo
 De quien nos dejó don Carlos
 Bustamante, en sus memorias,
 Fidelísimo retrato.
 Jóven, frívolo, elegante,
 Nervioso, afligranado,
 Cobarde como la liebre,
 Que el tifo mucho más malo.

Tendido como un tapete
 Que pende de las montañas,
 Por respaldo excelsos montes
 Y arboledas á su falda,
 Está el Valle de Toluca
 Entre campos de esmeraldas,
 Tras las empinadas sierras
 Que al Sur de México se alzan.
 Recta corre en la llanura
 De México la calzada,
 Que se divisa á lo léjos
 Como imperturbable raya,
 Y se pierde en las veredas
 Y entre rocas escarpadas.

En el confin del camino
 Lerma aislado se levanta.
 Al pié del puente que nombra
 De San Bernabé la fama,
 Allí se instala Trujillo,
 Y allí relucen las armas
 De sus escogidas tropas,
 Fieles y subordinadas.
 Hidalgo allí se dirige
 En su tumultuosa marcha,
 Y algo en el aire se siente
 Que predice la batalla.
 Trujillo ocupa las Cruces,
 Corazon de las montañas,
 Y á las Cruces llega Hidalgo
 Tras de fatigosa marcha.
 La mitad de su carrera
 El sol ya casi tocaba,
 Cuando del bronce el estruendó
 Los aires con furia rasga,
 Y entre horribles alaridos
 Vuelan silbando las balas.

PRIMER ROMANCE DE LAS CRUCES.

Limpios se miran los cielos,
Limpios por las recias lluvias,
Como al dejar los cristales
Del lago alegre hermosura.
En las hojas de los pinos
Y en sus ramas, se columpian
Gotas de cristal luciente,
Que cuando el sol las alumbra
Son diamantes y topacios
Que hechiceros nos deslumbran:
Cruzan las aves cantando,
Los arroyuelos murmuran,
Y de las pobres cabañas
Que á lo léjos se dibujan
Escondidas en los montes,
Albo como blanca espuma

Sube del hogar el humo,
 Que entre los árboles cruza.
 En lo más hondo del bosque
 Se abre y remeda llanura
 Un despejado terreno
 Que circundan las alturas;
 O ya empinadas montañas,
 O ya cañadas oscuras,
 O bien quiebras caprichosas
 En diagonales y curvas
 Que en mil giros aparecen
 Y entre los montes se ocultan.
 Es de Salazar el llano
 Aquella hondonada brusca,
 Por lo singular, hermosa,
 Risueña por su verdura.
 Por doquiera los madroños
 Y los ocotes se agrupan,
 O se alinean graves pinos
 Coronando las alturas
 Hora esos montes excelsos
 Y esas barrancas profundas,
 Y esa humedecida yerba
 De lindas flores incultas,
 Cubren gentes belicosas,
 De lujo ó medio desnudas,
 Una parte con arneses
 Para la batalla dura,

Otra tumultuosa y fiera
 En desordenadas chusmas.
 Brillan al sol los fusiles,
 Aturden discordes músicas,
 Y el eco de las trompetas
 En las montañas retumba.
 Flotan al aire banderas
 De seda y lino y de plumas;
 Del Tepeyacac la Virgen
 Tierna aparece y augusta,
 Vestida de sol divino
 Y por escabel la luna.
 De pronto silencio tocan,
 Y se divisa una altura
 Que forma peñon gigante
 Y que se aísla en las llanuras
 En bello altar convertida
 Con su blanca vestidura.
 La cera pálida ardiendo,
 De incienso las nubes puras
 Tórnanse en vellones de oro
 Al subir blancas espumas;
 Y en ese altar, revestido
 De sagradas vestiduras,
 Del anciano de Dolores
 Se eleva la talla augusta,
 Sublime, resplandeciente
 De majestad y hermosura.

Los cañones, cual reptiles,
 Con hondas bocas oscuras;
 En hileras los dragones
 Con las espadas desnudas;
 Muy erguidos los infantes
 Y en pelotones las chusmas,
 En los árboles y peñas
 La multitud se apañusca
 De hombres, mujeres y niños
 Que entre la yerba pululan.
 De repente se arrodilla
 Aquella masa confusa,
 Y es que Dios se hace patente
 En la ceremonia augusta;
 Tocan marcha los tambores,
 Rompen el aire las músicas,
 Y con vivas á la patria
 Al Dios Eterno saludan
 En luz, en gloria, en contento
 El bello cuadro se inunda
 Y la *Victoria* cantando
 Hosannas, los aires cruza.

ROMANCE SEGUNDO DE LAS CRUCES.

Las tropas realistas, del bosque en las ramas,
 De pronto desatan su saña feroz,
 Y vibra su lengua de bronce y de llamas
 Con ímpetu fiero tremendo el cañon.

La turba de Hidalgo, cual bravos leones
 Que ven en contorno los bosques arder.
 Rugiendo abrazaban los fieros cañones,
 Más bien anhelando morir, que vencer.

De un lado la fuerza sin guía y salvaje;
 Del otro la maña del buen lidiador;
 ¡Oh Dios! cuánto esfuerzo de ciego coraje
 Del pueblo de Hidalgo requiere el valor!

El indio ante el bronce formaba muralla,
Y al rayo en su vuelo pretende destruir;
Sus miembros esparce feroz la metralla,
Y en mares de sangre se envuelve al morir.

En medio al destrozo su frente levanta,
Feroz instrumento del odio español,
Garrido, ginete que hermanos quebranta
Y allí de Iturbide la fama nació.

La lid se encarniza; la espada de Allende
Cual surco de fuego se mira brillar,
Y allí donde vibra, con furia se enciende
Sangrienta y terrible y atroz tempestad.

De pronto del campo servil, de Trujillo,
Resuenan mil voces que piden la paz
Y accede á los gritos Hidalgo el caudillo,
Marchando al realista con calma y bondad.

Al verlo Trujillo sonrie contento,
Le deja se acerque, y entónces el vil
El fuego y el bronce le arroja violento,
Traidor, viendo al pueblo sin lucha morir.

Herido en la espalda, sangrando, furioso,
Revuélvese el pueblo con ciega pasión,
Y vuela en pedazos el cerco alevoso
Que encierra en su seno perfidia y traicion.

Allí, bravo Allende, dejaste estampado
Tu nombre de brioso, con rastros de luz;
Allí, gran Jiménez, de noble soldado
Los lauros te otorga la fiel gratitud.

La fama repite que el nombre guerrero
Glorioso, es de Bringas, que rayo en la lid,
Muriendo y sangrando meneaba su acero
¡Morir siendo esclavo, qué triste es morir!

Arrolla la fuerza realista bramando
Al pueblo, y ceñido de pompa triunfal,
Volaba entre peñas, disperso, rodando,
Cual paja que esparce terrible huracan.

Sus alas extiende feroz la derrota,
A México llega siniestro el rumor,
Y cunde la nueva, y al pueblo alborota,
Y ciega el espanto y embriaga el terror

Hidalgo contiene su marcha triunfante,
Que así su destino fatal lo ordenó.
Los hombres comenten . . . en tiempo distante
Veráse la huella del dedo de Dios.

ROMANCE TERCERO DE LAS CRUCES.

MEXICO LA TARDE DE LA BATALLA DE LAS CRUCES.

Cual se conmueven los peces
Si al lago por un derrumbe
Rueda del monte el peñasco
Y con estrépito se hunde,
Tal próceres y corchetes
Se revuelven y confunden
Con la nueva tremebunda
Del encuentro de las Cruces.
Invaden muebles las calles,
Y á los conventos se acude
Para guardar los tesoros
Que arcas y cofres rehunden.
Hay gritos en el Palacio,
Y las campanas aturden

Con agudas rogativas,
 Con las que el pánico cunde.
 Los canes corren sin rumbo,
 Las viejas al templo acuden,
 Cruzan en hombros de criados
 Esmeriles y arcabuces,
 Y las tropas espantadas
 En torres y alturas suben.
 Ciertos frailes furibundos,
 Que de ira y despecho rugen,
 Empuñan sus Crucifijos
 Y en medio del pueblo surgen,
 Con puñales en la diestra
 Que amenazantes relucen,
 Porque siempre el fanatismo,
 Aunque al mismo Dios insulte,
 Sus pasiones de pantera
 Con manto sagrado cubre.
 Tú, religion sacrosanta,
 Blanda y tierna, tierna y dulce,
 Suelas tener servidores
 Que al invocarte te escupen.
 Las piedras del pavimento
 Se arrancan, y se conducen
 A las vírgenes del claustro
 Para que herejes machuquen.
 Y para que nada falte,
 De modo que se dibuje

La farsa, y de aquellos tiempos
 Conserve el tipo y el lustre,
 La Virgen de los Remedios
 El entusiasmo difunde;
 La cercan los potentados
 Y el Ayuntamiento ilustre,
 Y al sonar de los clarines
 La plebe en ella descubre
 Faja de generala
 De los realistas,
 Con un baston con borlas
 De chuchería.
 Van de ella en torno
 Los *chaquetas* gritando,
 “ ¡Mueran los criollos!”
 Y así pasaban las cosas
 En el memorable Octubre,
 Mientras el servil se esfuerza,
 Con despecho y pesadumbre,
 A forjar una victoria
 Del desastre de las Cruces.
